

Vigilia Pascual. Ciclo B.

Rom 6, 3-11

a. Contexto

En otro momento del año litúrgico aprendimos de las circunstancias de esta preciosa carta paulina a los Romanos, el último texto del N.T. salido de su pluma.

Hoy gozamos con la Solemnidad de la Eucaristía, una llamada a la común santidad, santidad a pesar de tantas limitaciones y torpezas... ¿Por qué no nos paramos, y nos dejamos llevar por la memoria?

¿Por qué no nos acordamos de los que nos precedieron, bebiendo de sus enseñanzas, de las experiencias comunes vividas y también de sus defectos y pecados?

De todo se puede aprender, como dice Pablo en esta misma Carta: 'Para los que aman a Dios todas las cosas contribuyen al bien' (Rom 8, 28). Él escribe la Carta antes de ir a Jerusalén para llevar una colecta.

Es la colecta recogida entre las comunidades en que ha evangelizado. Esto condiciona el escrito, al recopilar su tarea evangelizadora, antes de ir a Roma y otras tierras más al occidente, como España (Rom 15, 28).

Los problemas aparecidos en el texto se refieren a las comunidades que Pablo funda o evangeliza: Galacia, Corinto, Filipos, Tesalónica... Pero el Apóstol sabe que la temática de la fe servirá a los romanos.

Servirá para expresar a la comunidad que él conoce relativamente, noticias de su actividad y de sus problemas con los judaizantes de Jerusalén y otros. Pablo quiere justificar su evangelio (el mismo de Cristo).

Lo quiere hacer aclarando su reflexión sobre la gracia, la ley judía, el pecado, el bautismo, la fe, la justificación, la vida y la muerte en Cristo...: es decir, los temas centrales de la peripeia cristiana.

La estructura de esta Carta, larga y densa, se cifra en estos puntos:

- Introducción (1,1-15).
- Sección doctrinal (1,16-11,36).
- Sección parenética (12,1-15,13).
- Conclusión (15,14-16,27).

b. Texto

La llamada a la vida nueva en Cristo que hace el Apóstol en Rom.6 sirve de gran ayuda, sin duda. No es verdad que el Apóstol invite en esta carta a vivir un tanto desordenadamente y sin freno. Eso no es verdad.

Más bien quiere hacer ver que el pecado es una incoherencia en quienes ya viven de la vida nueva en Cristo por el bautismo. Por eso, hermanos en la fe, parece que goza de un optimismo exagerado.

Parece que no tiene los pies en el suelo... Pero no es así. Pablo sabe del pecado, y mucho. Éste es un sin sentido para el cristiano, porque corre la misma suerte que Cristo: nace con Él, muere con Él...

...Está sepultado al pecado con Él, y resucita con Él: ¡menudo programa!... ¡Como para estropearlo con el pecado...! Y la muerte no es más que un paso de trámite para vivir definitivamente con Cristo.

A esto están llamados todos, más allá de la muerte física: éste es el contexto vital del programa. El bautismo sirve de enganche con el poder salvador de la muerte de Cristo.

El que participa en ese tipo de muerte salvadora, también participará en su gloriosa resurrección. Ésa es la garantía de nuestra salvación. Por eso la fe es la base de la vida cristiana.

Pablo se sirve aquí de ciertas fórmulas litúrgicas del bautismo de los primeros cristianos, y la escuela posterior al Apóstol enriquece el tema. Ahí entra la reflexión común en torno a las conversaciones y escritos de Pablo.

O sea, que la carta a los Romanos es un texto paulino maduro y lleno de referencias a la vida cristiana. Es decir, un tesoro de meditación evangélica. El colmo de esto es que en Cristo estamos inmersos en una nueva manera de vivir.

...De vivir de verdad: una existencia plagada de bondad, plagada de caridad mutua, arraigada en el evangelio.

c. Para la vida

¿Qué más queremos para la vida, amigas/os?. Meditar este programa no es ninguna nimiedad. Lo que pensamos de la muerte está en los primeros estadios para nosotros.

Es decir, aquí nadie va de espectador: si estamos comprometidos con Cristo, no valen las medias tintas, al menos, de planteamiento. Otra cosa serán nuestras debilidades.

Por eso el juicio es pecado: el arte está en saber la meta en la que ya hemos entrado, en su inicio, y creérsela, a pesar de que haya algunas incongruencias y contradicciones.

Para creer de verdad en Cristo no se puede ser un intransigente: el intransigente juzga, no perdona: es dueño del bien y del mal y lo administra a su medida.

En cambio, el creyente sabe cuál es su ideal, su meta: ésta no es sólo futuro; ya debe haber comenzado en él, la realidad de Cristo debe estar presente en su vida.

Pero, al mismo tiempo es paciente consigo mismo y con los demás. Y no condena, ni se condena. Está entre la crítica que poda el mundo de las malas raíces, y la espera de la siega definitiva.

Colma a todos de misericordia, sin cerrar capítulos de la propia vida o de la de los demás al propio antojo. ¿Hubo alguien más duro que Pablo con los pecados de Corinto, por ejemplo?

Sin embargo, qué afecto demuestra con los pecados y los errores de la gente de sus comunidades: Galacia, Filipos, la misma Corinto... Los que han muerto, ya acabaron de crucificar su hombre viejo con Cristo.

Es lo que dice el Apóstol, pero nosotros también estamos llamados a hacerlo desde ya. Ser creyente es todo, menos el juego de las medias tintas. La opción por Cristo ha de renovarse constantemente.

Y este mundo en que vivimos nos ofrece múltiples ocasiones para ello. Estamos esta noche celebrando la vida, la única vida que tenemos, vivida en Cristo.

De la frontera de la muerte hacia acá, y de la frontera de ésta para allá, al encuentro de Cristo, en frase del mismo Apóstol. ¡Eso es un plan, y no otras cosas...!

Antonio Jesús Rodríguez de Rojas, sdb aderojasr@yahoo.es